

pues, la realidad del poema, ya que éste podría existir en la memoria de su autor. El poeta crea desde su situación personal e histórica, llevando a la poesía una adhesión vital que le hace común al sentir de sus oyentes, y al configurar en el poema su experiencia la transforma en lenguaje, es decir, en otra experiencia, pues el poema no existe como subjetividad, sino como lenguaje.

Al defender una poética de la experiencia, tanto teóricamente como en sus versos, García Montero está valorando los detalles concretos, incidentales, de la realidad, pero no incidentales en la acepción normal de este término, sino más bien como señala Barthes, «ilusiones referenciales». Pues lo real connota, y la ausencia de los significados es lo que produce, según este crítico francés, «el efecto de lo real»⁶. Desde la dimensión denotativa (referencial), la cual nunca desaparece, surge la implicación connotativa (emotiva). En líneas generales, la poética del poeta granadino se basa en una especie de rebelión del lenguaje consagrado, potenciando, a partir de la experiencia, la vida afectiva. El poema, como vamos a comprobar, partiendo de lo cotidiano y trivial, inventa otra realidad, realidad inventada o imaginada, que es también una manera de hablar de lo real.

El desplazamiento es la acción de la poesía, ya que el poema constituye una salida o búsqueda de la «otredad», es decir, de la concreta convivencia con el otro para lo cual hay que sentir la peculiar realidad del propio «yo». «Las razones del viajero», poema con el que se abre *Habitaciones separadas*, nos remite al caminante que, desde su frustrante presente o incierto futuro, busca no sólo las razones del desencanto provocado por el fracaso del proyecto histórico iniciado con la transición, sino su identidad afectiva. El sujeto lírico huye de su alienación presente refugiándose en el pasado aún a sabiendas de que su problemática sentimental e histórica ha de ser resuelta en el pasado. El conflicto trágico de la existencia personal conduce al aislamiento como paso previo para alcanzar la realidad total con el mundo, o yo común:

Sabe que le resulta necesario
aprender a vivir en otra edad,
en otro amor,
en otro tiempo.
Tiempo de habitaciones separadas (p. 12)

El tema de la insatisfacción e inquietud del viajero después de la jornada se reitera en el poema narrativo «Los viajes», composición en que el tiempo de la rememoración aparece siempre ligado a un espacio, a lugares en los que el sujeto lírico estuvo o vivió. La evocación y la nostalgia son sustituidas por la necesidad de un camino, imagen de la vida, que es moción con sed de futuro. El caminante emprende, a veces; más que una búsqueda; una huida de sí, pero la soledad del hotel («Habitación 219») lo enfrenta a su vacío («Sus armarios no tienen equipaje») con una mirada que supone una actitud pasiva y analítica de extrañamiento intelectual y sentimental:

y la cama vacía está dispuesta
para que el derrotado
mire a su alrededor, se sienta, se desvista
y se tumbe a esperar,
a navegar la noche
embarcado en sus propios pensamientos,
cuando el mundo no sea
sino ruido de paso y de voces,
al otro lado de la puerta,
en el pasillo de un hotel (p. 34)

La congoja de no poder superar su soledad para integrarse en el mundo la expresa el sujeto lírico ahondando en el tiempo interno y en la dimensión onírica. Pero el sueño como trayecto fantástico, más que sobreponerse a la doliente realidad («Primer día de vacaciones»), provoca la visión de la muerte en el mar. Y este angustioso destino se equipara al proceso de la creación poética que, como el mar, constituye un estado transitorio lleno de incertidumbre sobre un enigmático futuro:

solitario y perdido en el crepúsculo,
me adentraba en el mar
sintiendo la inquietud que me conmueve
al adentrarme en un poema
o en una noche larga de amor desconocido (p. 35)

En el monólogo dramático «El insomnio de Jovellanos», el cautivo sueña en el castillo de Bellver frente a un mar lleno de expectativas y, en especial, con esa libertad que le ha sido usurpada. Desde el refugio y soledad de la isla mallorquina, este gran reformador y euro-

⁶ Roland Barthes, «L'Effect de réel», *Communications*, 11, 1968, pp. 84-89.

peo del siglo XVIII se debate entre el dolor de una patria oscurantista y la posibilidad de cambio simbolizada por el mar como agente positivo de transformación:

Unos van hacia España,
reino de las hogueras y las supersticiones,
pasado sin futuro
que duele todavía en manos del presente
.....
Y el mar sigue moviéndose. Yo busco
.....
pero cierro los ojos y el mar sigue moviéndose
y con él mi deseo
y puedo imaginarme
mi libertad, las costas del Cantábrico (pp. 73-74)

El trabajo creador, poético, requiere la síntesis del consciente y el inconsciente. Y de aquí la importancia que el viaje interno, como una de las vías de conocimiento e integración del ser, tiene en *Habitaciones separadas*. En el trayecto onírico permanece la capacidad contradictoria del poeta, su disponibilidad múltiple a todas las dimensiones de lo real e irreal, como vemos en el poema «El lector». Estos versos nos remiten, una vez más, a la soledad de un sujeto lírico que, partiendo de la visión de una realidad vulgar, desvalorizada («burocráticos hombres con cartera»; «la vida rutinaria», p. 69), penetra desde su conciencia («Desde el balcón», «ventana», p. 69) en el entorno («el coro de las madres y de las bicicletas, /un músico ambulante», p. 69) y en la virtualidad del inconsciente («Descenderá la noche», p. 69) para transformar la realidad con la imaginación haciendo asequible lo misterioso y posibilitando todo tipo de metamorfosis:

veré cruzar extrañas siluetas,
un loco en su caballo
.....
burocráticos seres con cartera
que esconden en su vida rutinaria
un estrangulador,
un resistente
de guerras y ciudades sometidas
o tal vez un poeta (p. 70)

La dependencia del receptor (lector real y no ficticio o narratario) que es el propio autor, primer lector de la obra, se evidencia en la última estrofa en la que aparece la inquietante figura de ese lector que da título al poema y que comparte con el sujeto lírico una común desazón:

En mitad de la plaza hay alguien que vuelve
y levanta los ojos
para buscar la luz en mi ventana,
el faro de la noche y sus fantasmas. (p. 70)

En *Habitaciones separadas*, el tiempo, siempre relacionado con el movimiento, se percibe como el horizonte del ser, y pasado, futuro y presente se configuran como memoria, espera y atención. Este modo de temporalidad se nos revela en «El despertar del nómada», poema en que el errante y solitario viajero se cuestiona, al romper el día, su inquietante destino. A través de la memoria de las vivencias pasadas («Poco a poco recuerdo situaciones, /palabras,/desafíos.») va surgiendo una luz de esperanza que se asocia con el despuntar de la nueva jornada. Y en el acto cognoscitivo asociado a la evocación entra en funcionamiento la dimensión imaginativa. El contacto e identificación con los fenómenos de la naturaleza («Yo amanezco de pronto»; «El sol, que lo ve todo, me comprende») proyecta una nota de optimismo a la desvalorizada realidad que rodea al angustiado viajero:

Y cuando el coche parte la mañana
con la respiración de un animal en celo,
tiene una sonrisa para mí
la luz de marzo,
los cristales rotos,
la humilde soledad del horizonte (p. 68).

El viaje al pasado, ese itinerario por la memoria voluntaria e involuntaria, en el que el sujeto lírico trata de encontrarse, se realiza desde la perspectiva del presente en el poema «Fotografías veladas de la lluvia». Pero la memoria es vaga, se confunde con el presente y engaña por el olvido. Del paso de las estaciones, permanece, en esta rememoración del sujeto lírico, el recuerdo del verano, recuerdo que persiste quizá por ser la estación en que la cotidianidad queda momentáneamente suspendida para dejar salir a la superficie los fantasmas privados:

Del verano se sale igual que de un recuerdo.
Nunca lo detenemos
en sus noches crueles de calor,
ni se queda en nosotros
la insistencia quemada de las calles,
los fantasmas eróticos
..... (p. 16)

El poema se cierra con una reflexión sobre el carácter irreversible del tiempo, muerte que el sujeto lírico sólo puede contrarrestar con la experiencia del amor pasado, porque la memoria, como el amor, crece con el tiempo:

Nos duele envejecer, pero resulta
más difícil aún
comprender que se ama solamente
aquello que envejece. (p. 18)

El tema del tiempo, como duración limitada y siempre cambiante de los seres, se revela también en «Los espejos». En este poema, el viajero del hotel reflexiona sobre la imagen real de su «yo» («Los espejos del hotel nunca perdonan») tan distinta de la mirada reflejada en el espejo de casa («la luz de los espejos familiares se apiada de nosotros»). Porque en el hogar, el espejo oculta y disfraza el «yo» del sujeto lírico, y en la soledad del hotel la lámina le revela, en una imagen no deformada, no sólo el inexorable paso del tiempo, sino la imagen profunda de su verdadero ser. La mirada, que antes fue barrera defensiva del individuo contra el mundo circundante, se ha convertido en fuente de conocimiento, en instrumento que le descubre la profundidad del alma:

Pero quien mira al fondo de sus ojos
ve las grietas del tiempo, las arañas
de un pasado que surge de improviso
en mañanas de hotel y nos ofende. (p. 31)

En «Poética», composición que cierra el poemario *Habitaciones separadas*, el espacio físico no es descrito, sino que se desarrolla en la conciencia del hablante poético («Río seco, silencio/que bordea la puerta de mi casa»). La realidad se percibe desde la seguridad del pre-

sente por un sujeto lírico que contempla, desde una conciencia enajenada, un mundo vacío y caótico que sólo la palabra poética puede salvar: «mundos sin nombre, /vida que se confunde con la muerte». El ansia de vida frente a la esterilidad del presente se resuelve por un retorno a un contradictorio y paradójico pasado, síntesis del flujo duracional y el tiempo estático y fijo del dato concreto. Pero el tiempo de la reminiscencia no se puede recuperar jamás como ha sido sentido. Y sólo la fantasía creadora del poeta, más que la conciencia retrospectiva, puede dar esperanza sobre un futuro sereno y, a la vez, inquietante:

rostros que persiguen en el agua,
buscando un tiempo vivo y detenido,
una memoria
en la que sujetarse.

Yo no le debo besos,
pero quise deberle este poema. (p. 77).

En su itinerario poético, el sujeto lírico de *Habitaciones separadas* no quiere anclarse en el pasado y sólo mediante la interpretación afectiva de éste el hombre, que es cambio, historia, podrá enfrentarse al futuro. En sus versos, García Montero parte siempre de una realidad concreta para conocerla en profundidad y llegar a penetrar esos secretos que escapan a la inmediatez. Poesía, pues, realista, en tanto se basa en la captación intuitiva por parte del poeta, de las experiencias de su realidad personal e histórica. El poeta es siempre un impenitente viajero, siempre haciéndose, como el poema, y siempre por hacer. Y el viaje constituye la imagen objetiva del tiempo vital que progresa hacia su vivir.

José Ortega